

poner en práctica un programa de reformas inspirado en las ideas de la Ilustración. La reunión de las leyes fundamentales, así como un plan general de instrucción pública acapararon sus esfuerzos intelectuales.

*Ramon Aznar i Garcia*

Luciano G. Egado, *Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre de 1936*, Tusquets Editores, Barcelona 2006, 296 pp.

1. Este libro de Luciano G. Egado, veterano escritor salmantino, con varias novelas a sus espaldas, es el relato de los últimos meses en la vida Miguel de Unamuno: el tiempo que transcurre desde el 18 de julio de 1936 hasta su fallecimiento el último día de ese mismo año. Es la narración, como se encarga de señalar el propio autor, de una agonía, la de Unamuno, que comienza a producirse incluso antes de que el propio Unamuno se aperciba de ello. Conocer el final, su muerte, no la hace menos trágica. Esos días, esas semanas, esos pocos meses, magníficamente descritos por el autor, nos hacen pasar por las distintas fases de lo que desde el 18 de julio es ya una agonía: el estado que precederá a su muerte inesperada pero también esperada. El protagonista es un hombre viejo, "aquel viejo" al que se refiere constantemente Egado, hasta el extremo de conseguirnos transmitir la imagen de un Unamuno destruido, más que por los años, por el peso de una realidad que se le torna insoponible. Las habilidades narrativas y literarias del autor se ponen al servicio de un texto logrado, en la medida en que consigue conmover y obtiene, nos atrevemos a aventurarlo, la solidaridad y la misericordia del lector.

Pero el libro de Luciano G. Egado no es exclusivamente un libro biográfico, una biografía al uso, sino que es algo más. Es el libro de un escritor y eso se nota. El estilo, más allá

de gustos o afinidades, y la capacidad literaria del biógrafo contribuyen sin duda a la calidad del texto, sin que ello signifique que el libro no pertenezca al género biográfico ni por supuesto –y esto lo afirmamos con rotundidad, frente a los que piensan que la biografía no tiene esta adscripción– al género histórico. Pertenece a éste y pertenece con todas las garantías. Si la finalidad de toda obra histórica es el conocimiento del pasado, a través de la presentación de los hechos y de su interpretación, este libro cumple con creces este mínimo canon. Por medio de su lectura conoceremos detalladamente los últimos meses de Unamuno pero también bastante de los años anteriores y bastante del tiempo y circunstancias en las que discurrió la vida de éste. Por tanto, que nadie se asuste, historia en manos de un novelista, de un escritor. Ello explica en gran medida la utilización de algunas técnicas casi cinematográficas –la larga trayectoria intelectual de Egado incluye algunas incursiones en este campo– como son esos retornos al pasado desde el presente, incluidos en medio del texto, como si se tratase de *flash-backs*, que sirven también para demostrar el excelente conocimiento que tiene el autor de la vida y la obra de Unamuno en su totalidad, no sólo de sus últimos meses. Todo este aparato estilístico no resta un ápice al cometido fundamental de un texto biográfico como es dar a conocer al personaje, algo que se logra sobradamente en esta obra.

2. El libro se estructura en tres partes, perfectamente identificadas y con títulos muy sugerentes: "Los hombres son animales de sangre caliente (Los hechos)", que abarca julio, agosto y septiembre, "Por la boca muere el hombre (Las palabras)", octubre y noviembre, y, por último, diciembre: "La lenta agonía de un hombre fuera de la Historia". En todas estas fases se nos muestra a un Unamuno en la plenitud de su "yo", con una gran carga de ingenuidad y de estupefacción a cuestas. Así, la primera parte, la dedicada a los hechos, nos

traslada a un Unamuno adherente del alzamiento, al considerarlo necesario para la salvación de Europa y de España, pero rápidamente perdido y desconcertado, seguramente sentimientos sólo intuitos y que todavía no trasluce. En esos días, hay que pensar que Unamuno lo que hace es constatar y traducir su decepción por la deriva de la República, en la que tanta fe había puesto. Su alineación con los sublevados le valdrá el rechazo oficial –será cesado como Rector– y también el personal de muchos que se considerarán traicionados por aquél al que tenían por referente y guía. Será la ruptura de la primera de las amarras que lo ataban con la Historia. Siempre ingenuo, siempre poseído de su “yo”, comienza la fase del desconcierto y de la desubicación. Es el momento de las dudas, de comenzar a reconocer que quizá, en caliente, ha respaldado algo que jamás podría compartir. Que las nuevas autoridades lo confirmen en el cargo del que lo acaban de despojar abona este desconcierto, que se ve acrecentado con una visita a Franco, no documentada pero que el autor, con gran habilidad, describe por vía de Dionisio Ridruejo, es decir, adaptando lo que éste nos cuenta en sus memorias –recientemente reeditadas: *Casi unas memorias*, Península, Barcelona, 2007– sobre un encuentro suyo con Franco poco tiempo después. A partir de entonces, por todo esto y por comprobar como la represión comienza a desarrollarse en toda su brutalidad, inicia su aislamiento progresivo y su acobardamiento, no tanto de la situación y de lo que le rodea, sino de sí mismo y de cómo puede reaccionar.

“No, no quiero hablar pues me conozco cuando se me desata la lengua”. Esta frase puesta en boca de Unamuno resume perfectamente lo que se nos relata en la segunda parte: contención y explosión. El epicentro de este periodo decisivo es la celebración de un acto académico el día 12 de octubre, en el claustro de la Universidad de Salamanca, acto que preside Unamuno en su condición de Rector. En un claustro engalanado para la ocasión y en

presencia de la mujer de Franco, del obispo Pla y Daniel y de Millán-Astray se desarrollará un episodio muchas veces referenciado como una de las imágenes simbólicas de la Guerra Civil apenas comenzada. Las intervenciones de Ramos Loscertales, del dominico Beltrán de Heredia, del catedrático de Literatura Maldonado de Guevara, que afirmará ferozmente a la necesidad de eliminar a la Anti-España, y finalmente del inevitable Pemán coreadas con la consigna legionaria de “¡Viva la muerte!” o los habituales “¡España, una, grande y libre!”, serán el acicate para que el Unamuno contenido y temeroso de sí mismo explote y hable, para que se le “desate la lengua”. El relato de Egido puede calificarse como magistral. No sólo porque consigue originalidad en la narración de un episodio muy conocido sino sobre todo porque logra hacernos llegar a la perfección la tensión vivida durante el mismo, sin duda uno de sus ingredientes principales. En todo ello tiene bastante que ver como el autor se vale de la nota manuscrita –escrita simbólicamente sobre la carta de clemencia de su amigo el Pastor protestante Atilano Coco–, del guión que para su parlamento el propio Unamuno va pergeñando a lo largo de las intervenciones que le preceden. Lo que vendrá es un discurso incontenido, pero también su sentencia al ostracismo y al abandono de todos. Algo que podrá comprobar cuando concurra –una vez más ingenuamente– esa misma tarde a su habitual tertulia en el casino, y que se materializará días después con su expulsión del ayuntamiento, al que había accedido a pertenecer como concejal, y de la universidad, de su universidad, indudablemente lo más doloroso.

La última parte del texto, diciembre, es el final y es la muerte. Es también el mes del ensimismamiento y del encierro. Nos encontramos con un Unamuno desbordado y aniquilado, algo perfectamente ilustrado por su poesía y por las cartas que escribe esos días, ilustración erudita sólo al alcance de un experto conocedor de su obra de la altura de Luciano G. Egido. El relato de su muerte es literaria-

mente emocionante, en presencia de un joven falangista, de un joven discípulo que se debate entre sus ideales juveniles y su admiración y respeto al maestro. Una muerte literariamente reconstruida y recreada que no culmina sin embargo este último capítulo ni la historia que se nos narra, ya que el colofón necesariamente tiene que ser un entierro apropiado por unas circunstancias terriblemente inmorales.

3. Para concluir, hay que decir que la lectura de *Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre de 1936* propicia un par de reflexiones que merecen cuando menos ser apuntadas.

De un lado, debe reseñarse que cualquier acercamiento a Unamuno sirve para evocar el papel del intelectual y sobre todo su proyección pública. Unamuno constituye el prototipo del intelectual vigilante, crítico con la realidad que le rodea, especialmente con la política. Un intelectual que puede resultar, como en su caso, episódicamente comprometido y que puede aparecer, por encima de todo, como un ingenuo. El último tramo de la vida de Unamuno tiene, como hemos ya apuntado, bastante de ingenuidad pero también, y eso reconforta, bastante de autenticidad. El intelectual del 12 de octubre en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el intelectual que escoge representar activamente la verdad, del mejor modo que le es posible, “sin permitir pasivamente que un amo o una autoridad le dirija” –como señala Edward. W. Said, en su estupenda colección de ensayos *Representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996–, es el colofón perfecto y coherente de una vida dedicada intensamente a la búsqueda de la verdad.

De otro lado, la otra reflexión a la que nos invita el libro de Luciano G. Egido es la existencia, la constatación de la posibilidad de que haya habido –y de que haya– una “tercera España”. Frente al planteamiento tradicional de las “dos Españas”, últimamente cobra fuerza la posibilidad de que haya podido existir, con una propia tradición intelectual, una “tercera España”, de la que formaría parte

Unamuno, especialmente el que se pone de manifiesto a partir del 18 de julio de 1936 despreciado por las “dos Españas”. Es algo sobre lo que se viene reflexionando, por ejemplo, para explicar trayectorias y recorridos como el de Dionisio Ridruejo, difícilmente ubicable sin contar con ese tercer territorio –en este sentido, de Jordi Gracia, contumaz defensor de esta idea, véase su recientísimo *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Anagrama, Barcelona, 2008– y, sobre todo, como espacio en el que deben situarse los demócratas españoles, especialmente cuando quieran mirar a esta parte de nuestro pasado (para este planteamiento, véase el libro del hispanista italiano G. Ranzato, *El pasado de bronce. La herencia de la guerra civil en la España democrática*, Destino, Barcelona, 2007).

Finalmente, una aclaración (seguramente innecesaria). Si antes afirmábamos la historicidad de este libro, hay que afirmar también, y con rotundidad, que se trata de un libro de historia universitaria. Todo lo que se relacione con Unamuno es universidad: éste hizo de la universidad, de la Universidad de Salamanca, el centro de su existencia personal e intelectual. Su imagen está indisolublemente unida a la historia de esta universidad centenaria y de mano de ella a la de la universidad española. En ella y desde ella, Unamuno ejerció de Unamuno. No es el único lugar en que su “yo” –ese importante “yo”, centro incluso de su planteamiento filosófico– se afirmará y se pronunciará, pero sí uno de los más evidentes. Así ha de entenderse, de manera nada poética, que Unamuno sobreviva apenas dos meses a su expulsión de la Universidad de Salamanca. Será, desde entonces, un ser desdibujado y desubicado. Las universidades son instituciones condenadas a existir a pesar de la desaparición de aquellos que les han dado vida. Por supuesto, la Universidad de Salamanca sobrevive a Unamuno tras su fallecimiento en ese, también simbólico, último día de 1936. Ya no la alimentará más su impulso vital e intelectual pero sí la huella imborrable de su memoria y

de su recuerdo. Bastante de todo eso es lo que logra transmitirnos la lectura de este, más que recomendable, libro de Luciano G. Egido.

*César Hornero Méndez*

Miguel Fernández de Sevilla Morales, *La Ciudad Universitaria de Madrid, ochenta años de historia (1927-2007)*, Madrid 2008, 196 pp. + láminas

En 1927 se constituyó la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria presidida por Alfonso XIII; seis años después, en 1933, Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, inauguró el primer edificio de esta empresa (el destinado a la facultad de filosofía y letras); tras la guerra civil –que destruyó casi la mitad de los edificios construidos hasta entonces– se emprendió la reconstrucción en 1940 y hasta hoy día las obras han acompañado ese espacio universitario de concepción monárquica, construcción republicana, desarrollo franquista y flecos democráticos.

Sobre su historia se ha escrito en distintas ocasiones. El libro que nos ocupa se ha redactado partiendo de la tesis doctoral dirigida por Gustavo Villapalos Salas y defendida en 1995 bajo el título “Historia jurídico-administrativa de la Ciudad Universitaria de Madrid”. Ese título original refleja bien el objeto de la publicación: el análisis de las distintas normas que dispusieron y ordenaron la configuración de la Ciudad Universitaria desde su principio hasta nuestros días. Y en ello reside su valor. Por eso, en realidad, el protagonista de esta historia es la Junta Constructora desaparecida en 1969 y de cuyo pabellón de gobierno todavía nos servimos.

El autor ofrece una redacción divulgativa, sin notas, con una contextualización escasa de las normas legales, con algunas carencias bibliográficas (así, la conocida mo-

nografía de Carolina Rodríguez López), sin referencias a la documentación que se conserva en el archivo de la Universidad, con muchas erratas (faltan cientos de tildes). Con todo, tenemos ahora un instrumento más para adentrarnos en la Ciudad Universitaria (tarea a la que ayudan las numerosas fotografías reproducidas), espacio material que –como indica el rector Berzosa en su prólogo– determina y condiciona las distintas tareas de aprendizaje e investigación que configuran la enseñanza superior.

*Manuel Martínez Neira*

José Miguel Fernández Pérez, *Antonio Flores de Lemus: años de formación universitaria. Correspondencia con Francisco Giner de los Ríos*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 2007, 295 pp.

De la correspondencia que mantuvieron Antonio Flores y Francisco Giner entre 1879 y 1906 se conservan 23 cartas y cinco tarjetas, todas escritas por el primero. Se han perdido las recibidas por éste. Con ellas, José Miguel Fernández Pérez ha elaborado un cuidadoso estudio que arroja mucha luz sobre la etapa de la vida de Flores de Lemus menos conocida hasta ahora: los años de su formación universitaria y su paso por la cátedra de economía política y hacienda pública en la Universidad de Barcelona. Esta correspondencia había permanecido inédita: ahora se publica como anexo en este libro perfectamente transcrita y glosada.

Flores procesaba verdadera devoción por Giner, como reflejan las distintas cartas comentadas, llenas de admiración y muestras de cariño hacia el maestro. A través de su lectura conocemos de primera mano su opinión sobre la universidad española, el entusiasmo que Alemania le provocaba, los profesores de